

# María Jesús

El día 12 de marzo, tras un mes de enfermedad, murió la hermana María Jesús López de Pariza, General de las Franciscanas del Sagrado Corazón, fundación venezolana que cuenta con 103 años de antigüedad y con unas 150 religiosas. Es la primera superiora general que muere en su cargo. Tenía 55 años. Había estado muy ligada a la vida religiosa venezolana como presidenta de la Conferencia Venezolana de Religiosas y como vicepresidenta del Secretariado Conjunto de Religiosos de Venezuela. También había participado en delicadas reuniones de la Confederación Latinoamericana de Religiosos. Y también tuvo una presencia activa en las Conferencias Episcopales Venezolanas en su condición de representante de la vida religiosa. Fue sobre todo una persona muy cercana a mucha gente y muy pendiente de ver en qué podía ayudar y por eso muy querida en los diversos ambientes en los que le tocó vivir.

Poseyó el talante conciliar de apertura a los tiempos y a las personas. Fue de las primeras religiosas que estudió en la universidad, intercambiándose con soltura con compañeros y profesores, desde su identidad religiosa, vivida en pacífica posesión. Esa simpatía frente a lo humano concreto, esa capacidad de descubrir lo bueno en personas y situaciones y de alegrarse cordialmente con ello; ese instinto para percatarse de problemas íntimos y cosas que no marchaban bien y poner discretamente su granito de arena para sobrellevarlos y resolverlos fue un don poseído naturalmente en el que ella descubrió, no una ventaja para sobresalir y aprovecharse sino un don de Dios para ponerlo gratuitamente al servicio de los demás.

A veces gastamos mucho tiempo en lamentar nuestras deficiencias. Ella era bien consciente de ellas; pero su dirección vital estuvo volcada de lleno en hacer fructificar los dones recibidos. En eso consistió su gran sabiduría y su docilidad al Espíritu. Y por eso su vida estuvo cada vez más centrada, más integrada, y por eso fue tan fecunda.

Siendo una persona dinámica, activa, alegre, sociable, fraterna, vivió el tiempo conciliar a pleno pulmón, como una testigo eximia de ese carácter afirmativo, creador, dador de vida, que Juan XXIII encarnó y que el Concilio prescribió como el modo de estar los cristianos en el mundo.

Pero cambió el tiempo y el clima se volvió de recelos, de suspicacias, de prohibiciones, de proscripciones, de condenas, de divisiones. Entonces se manifestó la talla espiritual de la hermana María Jesús. En la institución eclesial venezolana ella fue puente tendido, lugar de encuentro, palabra oportuna que mantiene el diálogo y la puerta abierta. Ella abogó porque las diferencias se mantuvieran como internas, porque pudieran coexistir con la fe compartida y sobre todo con la caridad, es decir con la aceptación de cada persona más allá de sus posturas. Ella no se anduvo por las ramas. Se atuvo siempre a lo fundamental, a la radicalidad evangélica que es gracia y perdón. Trató de que los problemas y las polémicas se procesaran siempre en este horizonte para que la Iglesia no degenerara en un partido, en una secta.

Esta misión de poner paz y lograr avenimiento, a pesar de la naturalidad con que la ejerció, le resultaba cada vez más desgastante y dolorosa. Pero ella sacaba fuerzas de flaqueza y continuó hasta el fin su ministerio de reconciliación. Tenía una gran perspicacia para hacerse cargo de personas y situaciones, y por eso fue adquiriendo progresivamente un conocimiento bien claro de los reclamos de Dios y las flaquezas de la Iglesia. Pero mantuvo la esperanza en el proceso. Y se alegró mucho de la postura de la Institución eclesial respecto del acontecer nacional en estos últimos años. Ella, que estaba abierta a todo el mundo, sabía que el amor universal se acendra al situarse en la acera del pueblo. Ella fue experimentando que esta opción no endurece sino sensibiliza y abre los ojos.

Su vida es el símbolo de la Iglesia venezolana que por fidelidad a su tradicional espíritu humanitario y liberal (que coloca a las personas sobre las ideas) transita hacia el compromiso con el pueblo empobrecido desde una honda experiencia del Dios encarnado, del Dios de la humanidad. Si lo que distingue a los santos no es su perfección sino su capacidad de dar vida abundante desde su debilidad, María Jesús lo fue. Nosotros podemos dar fe agradecidos.

